

La columna del Director

Al fin, el *Cordero* arrancó el séptimo sello de las páginas sagradas, según lo hizo constar san Juan en el *Apocalipsis*, y entre perfumes sutiles de los santos, sus oraciones, fueron surgiendo los ángeles y las metafísicas trompetas que harían caer fuego, alterar los mares, amargar las aguas, extinguir el brillo de las estrellas, descubrir abismos y dispersar monstruosas langostas de cola de escorpión, desatar plagas del Eufrates; y luego de tan graves acontecimientos descendería siniestro y fuerte el ángel del iris sobre las tierras y las aguas del mundo para anunciar la *extinción del tiempo*, su conclusión inevitable y la muerte de toda esperanza más allá del tiempo en quienes no contristasen de sus culpas en el instante último de las Edades.

Prueba de aquella profecía de san Juan fue el 6 de agosto de 1945, en Hiroshima, al estallar lo que nadie creyó que podría estallar en la vida del hombre. Infinita alegría fue la victoria de los ejércitos aliados al impedir que la terrífica bomba atómica cayera en manos de la locura nazifascista; pero esta infinita alegría cambiose en infinita tristeza al eco de los aún inconclusos *ayes* de las víctimas inocentes, en el día satánico. Los mutilados y los muertos no escucharían más las palabras de Dante en el círculo infernal de los condenados por actos embrutecedores: "No fuiste creado para vivir la vida de las bestias, sino para alcanzar la virtud y el supremo conocimiento".

Lo repetimos. Consumose lo inadmisibile. El arma imaginada por los *nazis* fue arrojada por los *no nazis* contra los niños, sus padres y abuelos, y perecieron todos sin saber por qué.

Imposible es olvidar y no reflexionar en la Hiroshima del 6 de agosto de 1945, a las 8 horas 5 minutos del trágico amanecer que vio a sus hijos agonizar entre las más crueles llamaradas del Infierno.◇

Horacio Labastida